

## **DON DANIEL AGUILERA CAMACHO Y EL NACIMIENTO DE LA SESIÓN EXTRAORDINARIA DE LA INMACULADA**

---

ÁNGEL AROCA LARA  
DIRECTOR

---

Hace ahora cincuenta años, el 8 de diciembre de 1944, don Daniel Aguilera Camacho ilustró a los señores académicos, tal como ya lo venía haciendo en años anteriores, sobre el culto de la Inmaculada Concepción en Córdoba, “refiriéndose a los siglos XV y XVI, principalmente, y reseñando las fundaciones y capillas que en la Catedral y otros templos de la ciudad se han hecho con este motivo”.

Esta noticia, publicada en el Boletín n.º 51 de nuestra Academia, pone de manifiesto que la sesión extraordinaria que hoy celebramos ha cumplido ya medio siglo largo de existencia. En ésto, como en tantas otras cosas, nosotros no hemos hecho sino continuar la obra de nuestros predecesores, adecuándola al tiempo en que vivimos.

Este respeto por la tradición, esta fidelidad al espíritu de nuestros mayores es, sin duda, una de las notas que confieren su grandeza a la Real Academia de Córdoba y la distinguen de otras instituciones.

Muchas veces he dicho que el prestigio de que goza la Academia en la ciudad se cimenta en la inteligencia, el trabajo, el altruismo y la elegancia moral de una legión de cordobeses ilustres que a lo largo de casi dos siglos, puso el acento en abundar en el conocimiento de Córdoba para quererla más, y en divulgar el fruto de sus investigaciones para generalizar dicho sentimiento.

Para que no olvidemos jamás el que entiendo que ha de seguir siendo el norte de la Academia a las puertas del siglo XXI, es conveniente que, de vez en cuando, evoquemos a algunos de aquellos preclaros académicos y les tributemos el homenaje de nuestro reconocimiento.

Esta es la razón de que hoy, en este acto, recordemos a don Daniel Aguilera Camacho, artífice junto a otros miembros de la Corporación de principios de los años cuarenta, de nuestra tradicional sesión extraordinaria dedicada a la Inmaculada Concepción.

Nació don Daniel en Baena, en el año 1877. Siendo todavía muy joven marchó a Madrid para cursar estudios de bachillerato en el Instituto Cisneros. Tras una

fugaz estancia en la ciudad de Ronda, llegó definitivamente a Córdoba, donde inició sus estudios en el Seminario Menor, que abrió sus puertas en la calle Gondomar.

Pasó después al Seminario Conciliar de San Pelagio, donde a edad muy temprana se despertaron sus inquietudes poéticas y su afán divulgador que, andando el tiempo, habrían de cristalizar en su nada despreciable producción literaria.

También en el Seminario afloró ya su vocación periodística, que tomó cuerpo en un periódico que redactaba y manuscibía para sus compañeros sampelagianos.

La guerra colonial de finales del XIX favoreció el cambio de rumbo de Aguilera Camacho, pues, frío en lo tocante a su vocación sacerdotal, optó por embarcar en Cádiz para servir a la patria en San Juan de Puerto Rico y Abibonito. Allí siguió cultivando las letras y acudiendo a las tertulias locales cuando se lo permitían sus obligaciones en la "32 Estación Opitca".

De vuelta a Córdoba tras el desastre de las colonias, no tardó mucho en abandonar definitivamente la carrera sacerdotal para consagrarse al periodismo.

En 1899 comenzó a colaborar en "El Defensor". Rápidamente llegó a la redacción del diario, y en junio de 1902 accedió a la dirección del mismo. Don José M.<sup>a</sup> Rey Díaz, en su contestación al discurso de Aguilera con ocasión de su recepción como Académico Numerario en 1944, manifiesta que nuestro hombre "Hizo cuarenta años, día tras día, el "Defensor de Córdoba"; y lo hizo desde el cimientito al remate, desde la cabecera al pie de imprenta". Las luchas sociales de 1917 —abunda Rey Díaz— "obligaron a los hermanos Aguilera a componer materialmente "El Defensor". No les faltó más que pregonarlo y repartirlo".

Quien así sirvió a Córdoba desde la prensa local, bien merece que hoy, en esta sesión que nació de su acendrado inmaculismo, la Academia le tribute el homenaje de recordar su narración de como las Órdenes de Carlos III e Isabel la Católica festejaron en nuestra ciudad la proclamación del Dogma de la Inmaculada Concepción:

"La función religiosa se celebró en San Francisco el 26 de junio de 1855, a las diez. A ella asistieron 50 caballeros de las órdenes de Carlos III e Isabel la Católica, que invitaron a los Grandes de España y títulos de Castilla, residentes en la provincia de los que asistieron 4 y 6, los hijos de esta nobleza, a los grandes cruces de las órdenes militares, de San Juan, Calatrava, Santiago, Alcántara y Montesa, Gobernador civil, jueces de 1.<sup>a</sup> instancia, promotores fiscales, 30 militares en activo, 40 oficiales de la milicia, 6 miembros del Cabildo Catedral, 15 párrocos, 10 concejales, 6 diputados provinciales, igual número de abogados, escribanos, médicos y farmacéuticos, 10 del Gobierno civil, 10 de Administración y Tesorería de Hacienda, y determinadas personas notables que formaron un total de 464.

Sólo se excusaron de asistir dos de Doña Mencía y un título de Lucena con futil pretexto. Para señoras y señoritas se llevaron 300 sillas.

Se utilizó en la fiesta el arca de la Catedral con el servicio de plata, y de este preciado metal se llevaron candeleros y todo el servicio del altar mayor de San Nicolás, candeleros de la Compañía y 6 de la Ajerquía. Se alfombró el templo con 6 paños de costado del Palacio Episcopal y otras alfombras, que cedieron las parroquias de San Pedro, San Nicolás, la Magdalena, Santiago, San Andrés y San

Lorenzo. Como asiento se llevaron 7 sillones dorados para el Obispo y sus auxiliares, 10 más que, como los anteriores, eran del Conde de Torres Cabrera, y para los invitados 14 escaños de San Rafael, 10 de la Compañía y 6 de cada uno de los templos San Miguel, Amparo, Aurora, San Juan y San Nicolás.

Se iluminó la iglesia con 6 arañas del referido Conde, 2 del Marqués de Campo Alegre, una de la Marquesa de Lendines, 4 de San Francisco, 2 de San Pedro Alcántara, 2 de la Merced, 2 de la Aurora y una lámpara con velas del antedicho Conde. Además se utilizaron 8 blandones de la casa, 8 de la Catedral y 4 de cada uno de los templos parroquiales de San Pedro, San Andrés, Ajerquía y Santiago.

Se entarimó el presbiterio y las maderas las dio el Obispo, los borriquetes fueron cedidos por la Catedral. Para el entarimado del dosel, que sirvió para la presidencia y caballeros de las siete órdenes militares dio la madera el Conde. El donativo de antes fue valorado por los técnicos en 3.000 reales, que no hubo que sumar a los gastos del conjunto pues esa cesión fue gratuita.

Para exornar la iglesia se llevaron cuadros que representaban a Santo Domingo, Santo Tomás, Santa Teresa, Santa Catalina, San Juan de Dios, San Pedro Nolasco, San Agustín, San Francisco de Paula, y el retrato de Carlos III. Se utilizaron cortinas de San Hipólito, San Lorenzo y San Pedro y de las casas de los señores Medina, Basabré y Torres Cabrera.

Desde antes de las diez comenzó a llenarse el templo de convidados, que tenían su entrada por la puerta de hierro de la calle de San Francisco, donde había dos comisiones para la recepción de las señoras y caballeros. La puerta principal se reservó al Obispo y después de su llegada se permitió la entrada al público.

Con la anticipación debida marcharon en el carruaje del Conde de Hornachuelos éste y el Marqués de Santa Cruz y Paniagua con dos caballeros cruzados para recoger al Canónigo D. José Cortés y Sánchez, Comendador de Carlos III y Caballero de Isabel la Católica, que tenía a su cargo el sermón.

A las diez salió del Patio de San Francisco un coche en el que iban el tantas veces citado Conde, el Marqués de Campo Alegre y el Brigadier D. Martín Colmenares, para recoger al Prelado y acompañarlo a la iglesia.

El coche era del Conde e iba tirado por seis briosos caballos con rendaje de seda, tejido en oro, en la testera coronas de conde doradas y en el centro penachos de plumas blancas y celestes, colores de la orden constituyente, un tren admirable. Detrás iban tres coches de respeto para conducir al cortejo del Prelado, compuesto por capitulares. Los coches eran del Duque de Almodóvar del Río, arrastrado por cuatro caballos con coronas ducales y los del Marqués de Benamejí, Conde de Gavia la grande, Marqués de Campo Alegre, Marqués de Valdeflores, Conde de Zamora de Riofrío, Marqués de las Escalonías y Barón de San Calixto, cuyos propietarios fueron los acompañantes de los prebendados. Cerraba la marcha el coche del Obispo conduciendo a los pajes.

Al llegar a San Francisco les recibió la comisión y la banda militar rompiendo marcha, que siguió la música de la Catedral al entrar en el templo.

Este ofrecía aspecto deslumbrante y vistoso, en su centro había un trono adornado con rico terciopelo galoneado de oro y en su interior tapizado con raso blanco se hallaba la imagen de la Inmaculada rodeada de ángeles, que sostenían

sus manos arañas de cristal. En el presbiterio bajo el baldaquino estaban los sillones dorados, forrados con terciopelo carmesí. Las paredes estaban revestidas de damasco y en el altar el frontal de plata de la Catedral. En escaños de caoba, forrados de terciopelo rojo, tomaron asiento las autoridades, a continuación las señoras y el conjunto de invitados, el cual ofrecía aspecto pintoresco por sus múltiples y variados uniformes. Todos los altares estaban profusamente iluminados. Del techo pendían dos hileras de arañas y lucían en las paredes preciosas cornucopias.

En el cancel de entrada había bajo dosel un retrato de Isabel II, como gran maestre de las órdenes, que ofrecían su homenaje a la Patrona. Dos centinelas le prestaban guardia. De allí partían cuatro hileras de escaños para los invitados. En el centro y con la debida separación hasta el presbiterio, había 30 grandes blandones. En la balaustrada del grande y espacioso coro había colgaduras de raso carmesí, con pabellones celestes y flecos de plata. En medio de los pabellones, cuadros con buenas pinturas, en las que aparecía la historia de la Virgen. Además en el templo se había colocado un gran transparente, en cuyo fondo celeste y con letras doradas se leía: "Las órdenes de Carlos III y de Isabel la Católica a la Inmaculada Concepción". Estrellas de cristal iluminadas resaltaban la inscripción.

Una vez en el presbiterio S.I., y revestido con los sagrados ornamentos, expuso al Santísimo y siguió la Misa de Pontifical con toda magnificencia. Era la vez primera que se oficiaba en Córdoba de Pontifical entero y hubo en él 44 asistentes. Al Sanctus subieron a la última grada del presbiterio cuatro comendadores y otros tantos caballeros cruzados, que permanecieron de rodillas hasta Potscomunio con cirios de dos libras encendidos, que les repartieron seis mayordomos vestidos de negro, con corbata y guantes blancos y ocho lacayos con libreas de gala, calzón corto, medias de seda y zapatos con hebilla. Al terminar la misa el Prelado entonó un solemne Te Deum y con igual solemnidad se hizo la Reserva.

El Prelado fue invitado al desayuno al que le acompañó una comisión. Las galerías del antiguo convento fueron cubiertas de damasco y de cuadros para ocultar la fealdad de casa deshabitada y la habitación, que sirvió de comedor, se empapeló para que sirviese más dignamente para el caso. Como nota curiosa se habían preparado dos tortas regadas, un ramillete de cuatro pisos, dos azafates con seis libras de dulces, otros dos con panales, compoteras con dulces de azahar, una licorera con cuatro botellas de licores y media libra de chocolate. Aceptada esta refacción, el Prelado y sus acompañantes regresaron a la iglesia donde se detuvieron unos instantes. La fuerza que dio guardia al templo hizo los honores de despedida y con el ceremonial de la entrada se verificó el retorno al Palacio del Pastor, que había vivido aquella espléndida jornada que, por mediación de los caballeros cruzados, se ofrendó a la Madre excelsa". (\*)

---

(\*) AGUILERA CAMACHO, Daniel: *La Inmaculada y Córdoba*, Córdoba, 1950; págs. 125-129.